

Las novelas de Thomas Hardy (1840-1928) suscitan emociones encontradas. Su escenario, la Inglaterra rural habitada todavía por quienes vivían en ella, de ella y para ella, amenazada entonces de extinción y que hoy ha desaparecido por completo, se ha convertido en un *resort* para turistas que, *for old association's sake* —así empieza *Los habitantes del bosque*—, siguen carreteras abandonadas aunque se sentirían horrorizados si tuvieran que pasar una sola noche en las condiciones que soportan los personajes del ciclo de Wessex. La imaginación de ese escenario suscita, pese a ello, nostalgia, como si esas condiciones —cuyo trasfondo era una lucha por la existencia indiferente a su resultado y la impotencia de la voluntad humana para lograr una felicidad pasajera— fueran preferibles a las condiciones de un mundo como el que Hardy, lector de Darwin y Schopenhauer tanto como de Wordsworth y Dickens, llegaría a conocer en su larga vida: superficialmente civilizado, urbano, dinástico, aséptico, moderno. Esas *old association or other reasons* (en la variante de la primera línea de la novela por entregas publicada en 1886) no son ciegas a la brutalidad que alienta todo el supuesto romanticismo de Hardy, pero es como si la frustración continua de todos los esfuerzos humanos por ahorrarse el esfuerzo de sobrevivir y lograr vivir así de una manera más elevada fuera, al cabo, más humana que la languidez o el refinamiento, el cansancio y la decadencia. *Los habitantes del bosque* (1887), *Tess de Uberville* (1891) y *Jude el oscuro* (1895), que conforman una sombría trilogía narrativa a la que el paso del tiempo ha ido devolviéndole la fuerza mítica original que acabará por difuminarlo todo, son afirmaciones de un naturalismo que no tiene nada de literario o de un impresionismo que no tiene nada de pictórico. Salvo Rousseau y Nietzsche, nadie ha recorrido a pie tantos caminos como los personajes, esencialmente errabundos, de Hardy y como el mismo Hardy. Leer estas novelas sentado cómodamente en un sillón despierta en seguida una sensación de incomodidad, porque, si fuera posible, habría que leerlas a la intemperie, como en una larga caminata por el bosque.

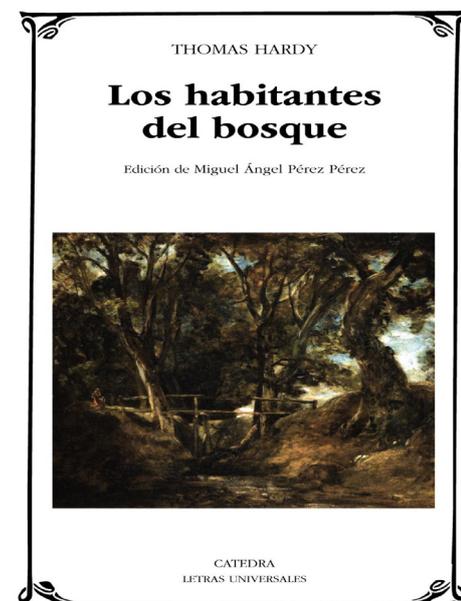
El corazón de ese naturalismo o impresionismo lo constituyen las relaciones sexuales. A diferencia de D. H. Lawrence, que tomaría el relevo generacional y escribiría un largo y magistral estudio sobre su obra, Hardy no nece-

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

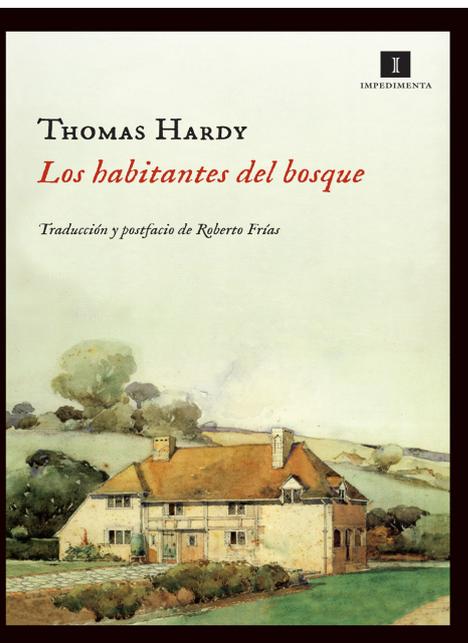
THOMAS HARDY, *Los habitantes del bosque*, traducción y postfacio de Roberto Frías, Impedimenta, Madrid, 2012, 452 pp. ISBN 978-84-15130-44-4

Los habitantes del bosque, edición y traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez, Cátedra, Madrid, 2013, 568 pp. ISBN 978-84-376-3155-4

(*The Woodlanders*, 1887.)



Palabras clave:
Literatura
novela
naturalismo



«Los habitantes del bosque (1887), Tess de Uverville (1891) y Jude el oscuro (1895), que conforman una sombría trilogía narrativa a la que el paso del tiempo ha ido devolviéndole la fuerza mítica original que acabará por difuminarlo todo, son afirmaciones de un naturalismo que no tiene nada de literario o de un impresionismo que no tiene nada de pictórico»

sitaba ser pornográfico ni obsceno, por recurrir a las dos grandes objeciones de la época (que el propio Lawrence analizaría), aunque no pudiera impedir el escándalo que sus novelas provocaron. Le bastaba con subrayar, con tanta reticencia como literalidad, que la sexualidad es fatídica; que, sea lo que sea lo que la motiva, es meramente instrumental en los individuos o que nada tiene que ver con la más elemental de las libertades humanas: la libertad de elegir, de sustraerse al estímulo, de contener el deseo o de sublimarlo. La educación de Jude o de Grace Melbury — la protagonista de *Los habitantes del bosque*—, que es uno de los hilos argumentales que Hardy maneja con más delicadeza, no tiene otra finalidad que la de humanizar a quienes, por su procedencia, no habrían podido aspirar a una posición social, pero la decepción es, por ello, aún mayor: toda verdadera educación choca, antes o después, con las instituciones. En última instancia, Sue Bridehead, esperanza de un amor puro para Jude, o Marty South, rival de Grace en el amor de Giles Winterbone, parecen tener más posibilidades de comprender o de arraigarse en sus creencias y supersticiones que quienes han tenido la oportunidad de comparar mundos incomparables y son seducidos en vano por ellos. Hardy, cuya trayectoria le permitió contemplar el desarrollo de la novela y de la sociedad desde los primeros victorianos hasta las vanguardias, pudo sondear las profundidades de la *literacy* sin prejuicios ideológicos. Como escritor sabía que muy pocos de sus personajes podrían haberlo leído. En la época de la *universal literacy*, esto resulta casi incomprensible. A Hardy el éxito le sorprendió tan poco como la censura. Al despedirse de la escritura narrativa tras *Jude*, la cuestión del público pasaría a un segundo plano para siempre.

La fortuna de Hardy en español es considerable y ha contado con traductores extraordinarios, como Francisco Torres Oliver o Javier Marías. Que en muy poco tiempo hayan aparecido dos versiones distintas de *Los habitantes del bosque* es una bendición. Cada una de esas versiones responde a un estilo editorial muy distinto y ofrece variaciones de la lectura que el lector sabrá apreciar. Valga como ejemplo una frase característica de la primera página. Hardy escribe:

The spot is lonely, and when the days are darkening the many gay charioteers now perished who have rolled along the way, the blistered soles that have trodden it, and the tears that have wetted it, return upon the mind of the loiterer.

Frías traduce:

Cuando los días se vuelven más oscuros en ese lugar solitario, regresan a la mente del ocioso los numerosos cocheros alegres (ahora ya difuntos) que pasaron por la carretera, los pies ampollados que la recorrieron y las lágrimas allí derramadas.

Pérez Pérez traduce:

Es un lugar solitario en el que, cuando comienza a oscurecer el día, quien por él deambula no puede evitar pensar en los muchos alegres aurigas ya fallecidos que por allí han rodado, en los pies con ampollas que lo han pisado y en las lágrimas que lo han empapado.

Adentrarse en el bosque como uno más de sus habitantes es imposible: Hardy ironizaría al respecto en el prefacio a la última edición de *Los habitantes del bosque* publicada en vida (1912). Que el lector sea un *loiterer* depende de hasta qué punto la vida contemporánea esté dispuesta a asumir la vulnerabilidad de la vida humana, la *earthliness* que Hardy describió de un modo tan impersonal que le permitiría a cualquiera reconocerse en ella. El mundo es un lugar poco apropiado para experiencias diversas con la moral —desde la pleitesía hasta la rebelión—, pero solo esas experiencias son capaces de mejorarlo un poco. “Sobre el modelo vasto e incomprensible de una moralidad primordial mayor de lo que el ser humano puede captar —escribió D. H. Lawrence—, se traza el pequeño y patético modelo de la vida y la lucha morales del hombre, patéticas, casi ridículas. El pequeño pliegue de ley y orden, la pequeña ciudad amurallada dentro de la cual el hombre ha de defenderse de la baldía enormidad de la naturaleza, se hace cada vez más pequeño y los pioneros que se atreven a salir con el código de la ciudad amurallada sobre ellos

«Le bastaba con subrayar, con tanta reticencia como literalidad, que la sexualidad es fatídica; que, sea lo que sea lo que la motiva, es meramente instrumental en los individuos o que nada tiene que ver con la más elemental de las libertades humanas: la libertad de elegir»

«El mundo es un lugar poco apropiado para experiencias diversas con la moral —desde la pleitesía hasta la rebelión—, pero solo esas experiencias son capaces de mejorarlo un poco»

mueren encadenados a ese código, libres y, sin embargo, no libres, predicando la ciudad amurallada y contemplando el baldío.”

Como Giles Winterbone, Hardy fue un buen hombre e hizo cosas buenas.

Antonio Lastra

Instituto Franklin de Investigación en Estudios
Norteamericanos
Universidad de Alcalá